

Antártida 1947

La guerra
que nunca existió

Antártida 1947

La guerra
que nunca existió

FELIPE BOTAYA



Colección: Novela Histórica
www.novelanowtilus.com

Título: Antártida 1947. La guerra que nunca existió
Autor: © Felipe Botaya

Copyright de la presente edición © 2006 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 - Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño y realización de interiores: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-9763-329-6
ISBN 13: 978-849763329-1
Fecha de publicación: Noviembre 2006

Printed in Spain
Imprime: Gráficas Marte, S.A.
Depósito Legal: M-37635-2006

A “Rambling” Manny Botaya y Betty, mis padres

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
PRÓLOGO	11
Capítulo 1: UNA EXTRAÑA PRESA	15
Capítulo 2: UNA MISIÓN DIFERENTE	23
Capítulo 3: A BORDO DE UN SUBMARINO ALEMÁN XXI	33
Capítulo 4: TRAVESÍA	49
Capítulo 5: LLEGADA A NORFOLK-VIRGINIA	71
Capítulo 6: ÚLTIMA EXPEDICIÓN AMERICANA ANTES DE LA II GUERRA MUNDIAL	83
Capítulo 7: REUNIÓN EN LA BASE NORFOLK	93
Capítulo 8: NEUSCHWABENLAND	119
Capítulo 9: UN INFORME Y UN SUBMARINO	133
Capítulo 10: PREPARACIÓN DE LA OPERACIÓN HIGHJUMP ...	141

Capítulo 11: VISITA A LA BASE NAVAL DE SAN DIEGO	155
Capítulo 12: KG 200 KAMPFGESCHWADER 200	183
Capítulo 13: REUNIÓN CON CLARK Y BLANKFORT	193
Capítulo 14: U-2193 EN MISIÓN DE COMBATE	203
Capítulo 15: OPERACIÓN HIGHJUMP EN MARCHA	229
Capítulo 16: ATAQUE A LA BASE 211	239
Capítulo 17: CONTRAATAQUE ALEMÁN	263
Capítulo 18: OPERACIÓN HIGHJUMP EN PELIGRO	271
Capítulo 19: CABEZA DE PUENTE EN LA BASE 211	283
Capítulo 20: PRISIONEROS DEL IMPERIO ANTÁRTICO	299
Capítulo 21: LA CAVERNA DE LAS MARAVILLAS	313
Capítulo 22: CHILE	337
EPÍLOGO	349
BIBLIOGRAFÍA	367

AGRADECIMIENTOS

ALFONSO MONTERO, de nuevo me ha mostrado su increíble amistad, su impagable ayuda, sus recomendaciones siempre acertadas y su capacidad de análisis de todo aquello que yo le mostraba y que él de forma crítica, enjuiciaba.

ANTONIO FIGUERAS, excelente amigo, por sus conocimientos náuticos y de términos militares navales, que me han ayudado en la redacción general del libro y su mejor comprensión. Sus conocimientos sobre mecánica y los motores marinos van más allá de una simple afición. Hubiese sido imposible realizar el libro sin su asesoramiento.

JOSÉ RAMÓN BELLAUBÍ, experto en temas militares y buen conocedor del armamento y códigos necesarios en toda operación encubierta. Siempre tuvo tiempo para mis consultas y siempre tendrá mi gratitud.

A las personas y veteranos que desde los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, han colaborado conmigo y suministrado fuentes de información nuevas sobre lo que pudo suceder en la Antártida en 1947. Estoy en deuda con todos ellos.

Pero, sobre todo, a mi familia que ha sabido darme su tiempo, apoyo y paciencia en mis viajes y búsqueda de información. Siempre estoy en deuda con ellos.

PRÓLOGO

Cuando mi amigo Felipe Botaya me pidió que escribiera el prólogo de su tercer libro, cometí al instante la grosería de rechazar su ofrecimiento. Ni siquiera le agradecí que pensara en mi persona para compartir su libro en las primeras páginas. Al contrario, incluso le propuse que buscara alguien de mayor calado y prescripción sobre sus posibles futuros lectores, lo que supuse, a la postre, le ayudaría a vender más ejemplares.

No obstante y prueba de que usted, lector, está leyendo estas líneas, más tarde accedí ante su insistencia. Pero esto me supuso un problema: ¿qué podría decir? Aún cuando conozco el libro desde sus inicios, desde los esbozos de la historia, desde mucho antes de que se escribiese una sola página, ¿cómo podría opinar objetivamente y dejar de lado la admiración que me causa la entrega de Felipe Botaya cuando se sumerge en la investigación y desarrollo de estos temas históricos que tan bien domina?

Su anterior libro, *Operación Hagen*, gustó a lectores apasionados por la intriga y a los eruditos de la historia, independientemente del bando en que el se situasen para leerla. Debo confesar que incluso yo mismo soy reacio a encontrar bondad alguna en la épica militar en general, y alemana en particular. Sin embargo, he de admitir que hago una excepción con las obras de Felipe Botaya, quien además, con rigor, busca y provee datos históricos para los coleccionistas más exigentes.

Antártida 1947. La guerra que nunca existió es un claro ejemplo de esta mezcla de erudición histórica y entretenimiento. Confieso que además de divertirme leyéndola, he vuelto a consultar los Atlas para reconocer en los mapas aquellos puntos y coordenadas donde se desarrolla la historia que nos cuenta.

La Antártida siempre se me ha antojado como un continente misterioso, alejado, de intachable novedad y más allá de todo convencionalismo. Pero es que, además, ¿hay mayor convencionalismo que una guerra?

Y es justamente de esto último de lo que habla la novela: la guerra. Mejor dicho, nos narra sobre las incidencias misteriosas de una operación militar una vez acabada la II Guerra Mundial. Una operación militar que por cierto, como tantas, nunca existieron “oficialmente” y sobre las cuales nada saben los libros de historia.

De todo aquello que los militares y los gobiernos ocultan a la opinión pública y a sus propios aliados —máxime si el resultado de sus aventuras ocultas no es el esperado— nos habla la novela.

Para lograrlo, Felipe Botaya ha entrevistado durante dos años a muchas personas, ha “buceado” en libros fuera de circulación, también en librerías de tomos de ocasión que sus colaboraciones docentes con escuelas de negocios y universidades le han permitido al visitar Berlín, Londres, Roma, París... En todos estos y más lugares es donde ha encontrado bibliografía casi oculta entre los miles de libros “políticamente correctos” que descansan a la vista del público interesado en la historia oficial de vencedores y vencidos, de esas guerras, todas las guerras, en las que nunca gana nadie y acaso perdemos todos.

Antártida 1947. La guerra que nunca existió, es un ejercicio de investigación y descubrimiento. Es una novela que desvela aquello que quienes mueven los hilos de los desastres y las guerras, creen tener a cubierto de las miradas curiosas de la propia historia. Y es que a veces, para destapar todas estas tramas es necesario un escritor valiente, perseverante, riguroso, con la voluntad lo suficientemente firme de demostrar que nada, ni tan siquiera el secreto mejor guardado, puede permanecer bajo los hielos durante mucho tiempo.

Desde los blancos y gélidos territorios de la Antártida, desde los despachos de las capitales vencedoras del penúltimo desastre habido

entre los pueblos civilizados va emergiendo hacia nosotros una historia que, poco a poco, sumerge al lector en una lectura amena y esclarecedora de uno de los desastres mejor guardados hasta ahora por el ejército más abrumadoramente potente de todos los tiempos.

¡Ah! y no debe olvidarse que la guerra ha continuado desde entonces en más de doscientos conflictos armados en los cinco continentes, con más víctimas entre muertos y desplazados que en las dos guerras mundiales juntas. ¿Conoceremos libros y escritores que descubran los entresijos de estas guerras y que ayuden a entender la locura de nuestros tiempos?

Alfonso Viñuela

Director General de FORMACTIVA

Profesor en Escuelas de Negocio y Universidades

Capítulo 1

UNA EXTRAÑA PRESA

Uno de los marineros se destacó del grupo que se hallaba en cubierta, subió al puente de mando y abrió la puerta con decisión. El capitán del pequeño barco de pesca giró hacia el recién llegado como si estuviese esperando noticias.

—Ya estamos sobre el banco, Javier —el marinero se dirigió familiarmente al capitán, señalando un punto en el mar a poca distancia.

—Bien, las coordenadas indican que estamos precisamente en el punto exacto.

El capitán se agachó sobre una vieja carta marina, giró un pequeño compás, marcó la zona con un lápiz y escribió unos números con las coordenadas “Avisa a los demás y empezad a soltar las redes. Ahora bajo”.

El mar se movía de forma suave. La enorme bocana del Mar del Plata era de una dimensión sobrecogedora. Llevaban ya doce horas de navegación y había amanecido hacía poco. Rompiendo el horizonte se podía ver la costa de Uruguay. No era la primera vez que se mantenían en el límite o que entraban en aguas jurisdiccionales de ese país. Las relaciones entre Argentina y Uruguay pasaban del amor al odio de forma rápida. Sin embargo, la búsqueda de pesca les había llevado a este punto y preferían el riesgo que suponía estar donde estaban.

Desde hacía tiempo se había convertido en una zona de pesca muy buena y eso representaba un buen jornal para toda la tripula-

ción. Javier Céspedes, el capitán salió del puente y se dirigió a la popa del barco donde sus hombres ya estaban en plena operación de soltar las redes a medida que avanzaba el barco. Primero desde babor y luego desde estribor, fue observando como la operación se desarrollaba sin complicaciones. El mar estaba extraordinariamente transparente y se podía ver sin dificultad como los peces, atunes para ser más exactos, pasaban en grupos por debajo del barco. Eran sombras negras de perfil aerodinámico, cuya piel lanzaba destellos casi metálicos cuando giraban de forma rápida y coordinada.

La profundidad era de unos cien metros y el fondo era un banco de arena muy blanca, con lo que no era difícil poder ver cualquier tipo de presa.

Miró a Antonio, su amigo y marinero más experimentado. Éste le sonrió .

—Tendremos buena pesca, Javier. Me lo dijo Ana, la echadora de cartas del puerto...

Los cinco hombres restantes se pusieron a reír al unísono, mientras Javier volvía al puente para ir maniobrando el barco en círculo e ir atrapando el mayor número de atunes posible. Manuel, otro de sus hombres comenzaba a preparar la bodega para ir acumulando la futura captura. Cuando la red tuvo una longitud suficiente, fueron preparando los arpones con los que rematarían a los atunes a medida que se viesen atrapados y llevados hasta la borda del barco. Era una situación cómoda de pesca ya que normalmente los atunes se solían pescar en alta mar y a mucha distancia de la costa. El que estuviesen cerca permitía una pesca más fácil y barata, pues no había que hacer un periplo lejano y fatigoso para todos.

Se podía ver como los atunes saltaban fuera del agua en grupos. Eran movimientos rápidos y decididos. La actividad subacuática era muy grande. Espuma y enormes burbujas indicaban la situación exacta de los peces. Debía ser un gran banco. Quizás tendría razón la echadora de cartas.

Desde el puente, Javier tenía una vista excelente de cómo los atunes iban siendo llevados hacia el barco lenta, pero implacablemente. Sus hombres estaban animados ante las perspectivas económicas que se abrían para todos. La verdad es que el verano pasado

fue bastante malo y el dinero había sido escaso. Javier le había prometido a su mujer que este año de 1945 sería el último en el oficio. Se sentía cansado, pero eso se lo decía cada año. Luego cuando se encontraba con su tripulación y otros pescadores, le resultaba muy difícil sustraerse al mar y a toda su magia. La verdad es que la pesca había sido y era su vida. Recordaba que junto a Antonio habían empezado muy jóvenes como tripulantes de barcos de altura que faenaban en la zona del Cabo de Hornos y la Antártida. Fue una vida aventurera y dura. Allí aprendieron los secretos de este oficio y a tener el olfato para saber rastrear a sus presas y encontrar sus refugios.

Tras trabajar en barcos de pesca más pequeños, pero cerca de su hogar en Buenos Aires, había podido comprar el “Matilde Rosa I”. Consiguió también que Antonio aceptase trabajar con él y la verdad es que pudieron reclutar a una tripulación muy buena, con la cual ya llevaban varios años trabajando. En el mar es esencial la máxima confianza entre los compañeros.

Al margen de la ayuda entre marineros en dificultades en el mar y naufragos, el silencio también era otra de las leyes en el mundo de los pescadores profesionales. Jamás había que decir a otros donde podía encontrarse un buen banco. La carrera por llegar hasta él podía ser despíadada y la consecuencia era perder una buena cantidad de dinero. Ya le había pasado en alguna ocasión y él también lo había hecho. Nadie estaba libre de culpa en este negocio. Sabía que otros barcos de faena también se dirigían hacia este punto. Había que actuar rápido.

Miró al cielo y comprobó que seguía siendo espléndido. Eso ayudaba. Teniendo en cuenta que se hallaban en el invierno austral, este veintidós de agosto era algo más cálido de lo habitual. El termómetro marcaba 15° centígrados. Mientras iba pensando en todo ello, algo llamó su atención. Era el silencio que había alrededor suyo. Algo pasaba. El mar estaba en calma absoluta, ni rastro del banco de atunes. Paró el motor que giraba lentamente.

Miró hacia popa. Sus hombres observaban incrédulos por ambos lados de la borda. Todo había cambiado en un instante.

—¿Qué sucede Antonio? —gritó Javier desde una de las mirillas del puente.

—Todo el banco de atunes ha pasado por debajo del barco y han ido en dirección norte —los demás asentían las palabras de Antonio—. Ha sido como un chispazo eléctrico. Nunca había visto algo así. No sé qué ha pasado

Señaló un atún que se retorció en la red y agregó:

—Sólo este ha quedado retenido vivo. Mira esos otros.

Varios atunes estaban muertos atrapados en la maraña en que había quedado convertida la red.

—Los atunes no mueren en la red. Es muy raro. Ha tenido que suceder algo que les ha espantado enormemente hasta la muerte por asfixia.

Javier veía los cuerpos inertes de varios atunes que se balanceaban al compás de las olas. No había sangre como era habitual en una pesca de este tipo. Movi6 la vista desde su atalaya y algo, por debajo del agua, le llamó la atención. Se podía ver una forma inmensa, contrastada con el blanco fondo, que iba subiendo hacia la superficie. Era de color negro sin brillo alguno. De repente, unos “palos” emergieron a pocos metros del “Matilde Rosa I”. Tras los palos apareció una torre alargada y por fin el casco de un submarino. La identificación U-2193 aparecía claramente en el lateral de la enorme torre. El mar se movía alrededor de la nave y unas olas formadas por el sumergible recién llegado, agitaban el pequeño pesquero.

La tripulación de Javier se había quedado muda ante la sorprendente aparición. Era claro por qué los atunes habían desaparecido ante la súbita presencia del submarino aproximándose. Javier lo miró con detenimiento y no tuvo ninguna duda de que se trataba de un submarino alemán. Sin embargo, era un modelo que jamás había visto previamente en los documentales de la guerra que se proyectaban en los cines de barrio. Era muy limpio de formas. Se ajustó su gorra de lana azul oscuro y bajó junto a sus hombres.

No se veía actividad en el submarino. De repente, una portezuela en uno de los costados de la torre se abrió y de ella surgieron varios hombres armados. Sus uniformes dejaban claro su origen alemán. Entre ellos destacaba el que parecía ser el capitán del navío, con la gorra blanca ladeada. La barba era el denominador común. Hicieron señales para que el “Matilde Rosa I” se acercase hasta ellos. Parecía que querían decirles algo.

Javier volvió al puente seguido de Antonio, con la intención de iniciar la maniobra de aproximación.

—¿Qué es todo esto, Javier. Qué está pasando? —preguntó con nerviosismo Antonio.

—No lo sé. Y por ahora no tenemos otra opción que hacer lo que nos dicen.

Javier tomó los mandos del barco, puso el motor en marcha y fue aproximando lentamente el pesquero al submarino. El tamaño de éste era descomunal junto al barco de Javier.

—La guerra terminó a principios de mayo y ahora estamos a finales de agosto. ¡Ése es un submarino alemán! ¿Qué hace aquí!

Javier lo miró.

—Sí, es un submarino alemán y la guerra terminó hace ya tres meses. Ahora sabremos de qué se trata.

Antonio cogió unos prismáticos del puente y miró hacia el horizonte. Se podían distinguir claramente tres pesqueros más que se iban aproximando a la zona.

—Tenemos compañía —indicó Antonio.

—Seguro que son los barcos de Raúl —dijo con seguridad Javier—. Eso no importa ahora. Baja y echad un cabo hacia el submarino.

No hizo falta pues de forma rápida los submarinistas ya habían conectado su nave al pesquero. La distancia entre ambas naves era de escasos metros. Ágilmente, el que parecía ser el capitán y dos hombres más, se deslizaron por el cabo y subieron a bordo del “Matilde Rosa I”. Tras llegar hasta la cubierta, los submarinistas se llevaron la mano a sus gorras militares y saludaron a la tripulación del pesquero. Javier bajó en aquel momento. Uno de los marineros que acompañaban al capitán hizo las veces de traductor al español de lo que iba diciendo el oficial.

—Le presentamos nuestros saludos, capitán, y perdonen si les hemos causado molestias en su trabajo —comenzó el traductor tras una pequeña pausa a las palabras de su superior y continuó—: El capitán Lippsmacher y toda la tripulación del submarino alemán U-2193 solicitamos que nos escolte hasta el puerto de Buenos Aires. Deseamos rendirnos en Argentina, en la Base Naval de Mar del Plata. Nuestra tripulación consta de 52 hombres.

Javier no daba crédito a lo que oía.

—Dígale a su capitán que nosotros somos pescadores, no somos militares. ¿Prefiere que llamemos a un guardacostas?”

—No será necesario —respondió con rotundidad el capitán a través del interprete—. Nosotros les seguiremos hasta la base y allí saldrán a nuestro encuentro.

Estaba claro que esa era la decisión y poco tenían que discutir Javier y sus hombres.

—Gracias por su ayuda, capitán —se despidieron los submarinistas, tras estrechar la mano de los tripulantes del “Matilde Rosa I”.

Ágilmente volvieron a su nave y Javier retornó al puente para iniciar el nuevo rumbo. Antonio le siguió.

—Otra vez no tenemos ninguna opción. Hagamos lo que dicen —comenzó por decir Javier adivinando lo que podía comentar Antonio. El resto recogió todo el aparejo de pesca y subieron al puente donde Javier les dejó claro cual era su situación. De mala gana, todos estuvieron de acuerdo. Una buena parte de su salario se había perdido.

—¿Podemos cobrar algo por encontrar el submarino y llevarlo a puerto, Javier? —preguntó Damián, el más joven, aunque todos se hacían esta pregunta.

—No es un pecio, ni un barco a la deriva, ni abandonado por su tripulación. Por lo que veo es un submarino en orden de combate, que se rinde y que nos solicita “escolta” —recalcó esta palabra—. Nada más. Y por ello, no tenemos derecho a nada. A mí tampoco me gusta perder dinero, pero así es como están las cosas —concluyó Javier.

Las caras de los presentes reflejaban una cierta consternación, pero no tuvieron más remedio que aceptarlo.

Durante todo ese tiempo, los otros pesqueros que se habían divisado a lo lejos ya estaban en la zona. Por medio de luces uno de ellos preguntó cual era la situación. Antonio tomó el potente foco y respondió, indicando que se dirigían a la base militar argentina. Ante lo extraordinario de la situación, los otros barcos también se unieron a la comitiva.

En la cubierta del submarino se podían ver a bastantes tripulantes que descansaban, tomaban el aire, el sol y hablaban entre ellos. No parecían preocupados por la unión de otros pesqueros al

grupo. En la torre de submarino se veía al capitán Lippsmacher y otros hombres que miraban con prismáticos en todas direcciones. Junto a ellos se podían apreciar las dos torretas con armamento anti-aéreo, enfocadas una a proa y otra a popa. Era un submarino muy moderno y totalmente diferente a lo que Javier conocía. Le llamaba mucho la atención el elevado número de antenas o “palos” que surgían de la torreta. Llegó a contar hasta seis. Aparte del periscopio y la antena de la radio, a Javier no se le ocurría que podían ser los demás y su posible uso.



El U-2193 fotografiado entrando a la Base Naval de Mar del Plata, Argentina

De forma muy elegante, el submarino avanzaba a la velocidad de los pesqueros. Emitía un débil zumbido, como el de una turbina y apenas dejaba rastro tras él. Tampoco emitía gases de escape, ni humo. Llevaban ya dos horas navegando todos juntos y la costa argentina se distinguía claramente. La base quedaba a las afueras de la capital, hacia el este. Javier calculó que en unas cuatro horas podían llegar hasta allí. De repente, la silueta de un avión acercándose desde el oeste, se apreciaba nítidamente en el horizonte. Claramente venía de la costa argentina. La tripulación del submarino señaló en esa dirección.

Ya más cerca, se podía apreciar que se trataba de un hidroavión militar. Dio dos vueltas sobre todo el grupo, mientras la tripulación del submarino saludaba agitando los brazos. La nave alemana fue perdiendo velocidad, hasta que se detuvo. El avión amerizó muy cerca del submarino. Del avión se lanzó un bote neumático

que fue abordado por tres hombres. La operación era observada por Javier a través de sus prismáticos. Uno de los hombres llevaba el uniforme de la marina argentina y los otros dos de la aviación. Remando con decisión llegaron al poco rato al submarino, desde donde se les lanzó un cabo de sujeción. Dos de los hombres subieron a bordo, mientras el tercero aguardaba en el bote. Entraron en la nave alemana. Poco después uno de los hombres salió y embarcó en el pequeño bote, que rápidamente regresó al avión. A bordo del submarino se había quedado el representante argentino de la marina.

—Parece que ya habían informado a los militares desde el submarino... —indicó Manuel que también observaba la escena desde el puente—. Ése que ha subido seguramente es un práctico, que guiará al submarino hasta la base ¿qué opinas, Javier?

Javier permanecía en silencio mientras seguía observando atentamente toda la operación.

—Sí, creo que tienes razón. En estos momentos el submarino ya está en manos argentinas. Veamos cual es el siguiente paso, aunque lo puedo imaginar.

El hidroavión puso sus motores en marcha y lentamente se aproximó al “Matilde Rosa I” navegando sobre el mar. El submarino ya había iniciado su marcha hacia la costa argentina, tras despedirse de los pescadores. Desde la cabina del avión y por medio de luces se les indicó que abandonasen la zona y que continuasen con su trabajo. El asunto ya era de jurisdicción militar. Tras el mensaje, el piloto aceleró sus motores y el avión recorrió una cierta distancia hasta que despegó del mar sin dificultad.

Lentamente todos volvieron a su rutina diaria en el mar. Nada más podían hacer. Tenían mal sabor de boca, como de algo injusto. Pero sobre todo ello, flotaba la pregunta: ¿qué hacia un submarino alemán de aquellas características tres meses después de acabada la contienda?

Capítulo 2

UNA MISIÓN DIFERENTE

Patrick Malone fue recibido por la secretaria del vice-almirante Clark.

—Por favor, capitán Malone, puede dejar sus cosas aquí. Estará más cómodo. Ahora mismo aviso al vice-almirante.

Patrick dejó su abrigo y su gorra de oficial junto a él en el confortable banco de espera y observó como la secretaria hablaba por teléfono con Clark, indicándole su presencia allí. No entendía por qué le había llamado con tanta urgencia el vice-almirante, cuando se encontraba de maniobras en el Golfo de México, cerca de la pequeña base de Corpus Christi en Texas. Su barco, el submarino “USS Monitor”, participaba junto a otros quince barcos en unas maniobras ya previstas de antemano para principios de septiembre en el Golfo de México.

Clark abrió la puerta y sonriente se dirigió a Malone.

—Patrick, ¿cómo estás? Gracias por venir.

Le invitó a entrar en su despacho y le indicó una de las butacas. No se sentaría en su escritorio pues quería la máxima confianza y proximidad. Malone lo advirtió enseguida.

—¿Qué sucede, Vincent? ¿Qué es tan importante que me has hecho venir hasta Norfolk? —preguntó Malone con la máxima confianza, pues el vice-almirante Clark era el padre de su ex mujer.

El vice-almirante siempre había considerado a su hija una estúpida porque tras ingresar en una secta, había perdido a

Patrick. Pero, a pesar del divorcio, Clark seguía manteniendo una excelente relación con quien fue su yerno tanto en lo personal como en lo profesional.

—Voy a ir directo al grano, Patrick, ya me conoces. A finales de agosto se rindió otro submarino alemán en Argentina.

Patrick puso cara de cierta sorpresa.

—Bueno, no es el primero que lo hace. Recuerdo que el U-530 y el U-977 en julio y agosto de este año también se rindieron a los argentinos. Desde luego es curioso y sorprendente. Pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—Bueno, ahora es diferente, Patrick. El pez que los argentinos tienen en Mar del Plata nos interesa. Es un submarino alemán muy moderno, del tipo XXI.

—Creí que ya habíamos capturado un submarino alemán XXI, que también se rindió en medio del Atlántico.

—Cierto, pero sus aparatos más modernos habían sido previamente desmantelados por la propia tripulación antes de entregarse. Las turbinas Walther de propulsión estaban saboteadas sin arreglo y se habían deshecho de los torpedos ultramodernos que llevaban. ¡Imagínate! Nos llegaron “capados”. Éste, en cambio, está completo. Tiene, incluso, el cuaderno de bitácora y los códigos secretos de su máquina ENIGMA. Mira estas fotos de nuestros agentes en Argentina —Clark le pasó varias fotos del sumergible en la base militar. Su aspecto era imponente—. Lo comandaba el capitán Lippsmacher, un ‘niño’ de 26 años con una tripulación formada por marinos muy jóvenes también y sin compromisos familiares.

Clark se recostó en la butaca.

—Piensa que ese submarino supera a cualquier submarino nuestro. No lo sabes porque es materia reservada y por ahora no está en la historia oficial de la guerra, pero para que comprendas la capacidad militar de esas naves alemanas, el pasado 2 de mayo de este año, poco antes de la rendición alemana, una flotilla del modelo XXI partió desde el fiordo noruego de Kristiansend en una última misión de combate en dirección a Islandia. Ya puedes imaginarte, Patrick, la típica “manada de lobos” —Patrick asintió ante la clásica formación de ataque de los submarinos alemanes a los convoyes aliados en el Atlántico—. Los alemanes localizaron una

flota de combate británica de 8 barcos y se adentraron en medio de la misma sin que los ingleses los captasen. Usaron nuevos tipos de torpedos que acabaron con los ingleses en muy poco tiempo. Y lo que es peor, los británicos no entendían quién les atacaba, mientras los barcos explotaban uno tras otro y se iban a pique sin remedio. Esa flotilla submarina desapareció sin dejar rastro alguno...

—Todo esto es muy interesante y novedoso, Vincent. Además sabes de mi afición y trabajo por los submarinos, pero ¿qué pinto yo en todo esto? Ese submarino está en manos argentinas y ahora no podemos hacer más —Patrick dejó las fotografías sobre la mesita.

—Al igual que con los submarinos anteriores, Argentina está colaborando con nosotros. Los alemanes creen que rindiéndose allí no se les deportará, como pasó con el acorazado Graf Spee. Pero todo esto ha cambiado desde entonces. Los argentinos nos permiten traer a la tripulación para interrogarles y lo más importante: traer el submarino U-2193 a Norfolk —Clark se quedó mirando a Patrick esperando su reacción, pero solo parecía pensativo—. Ahí es donde entras tú. Quiero que traigas ese submarino lo antes posible. Y te lo pido porque confío en ti plenamente. Tengo que tener la seguridad de que llega bien y sin filtraciones a la prensa como en los casos anteriores. Es una misión de alto secreto. La información sobre este asunto está clasificada. Escoge a los hombres que necesites y que sean de tu absoluta confianza.

Patrick miró a Clark fijamente.

—¿Sólo eso, Vincent? —insinuó—. Nos conocemos hace tiempo y creo que aquí hay algo más ¿verdad?

El vice-almirante se recostó de nuevo en su cómoda butaca y tras mirar al techo con resignación y acariciarse la barbilla, dirigió la mirada a su ex yerno.

—Mira, Patrick, algo está sucediendo que no tenemos claro. Estos submarinos y el U-2193 también, han hecho recorridos inmensos por el mar. La nave de Lippsmacher ha estado más de 70 días en navegación sumergida, lo cual es toda una proeza mundial...

Patrick asintió con sorpresa ante ese dato espectacular. No podía ni imaginar lo que sería para la tripulación el permanecer

tanto tiempo bajo el agua y la presión psicológica que ello representaba.

—¿No sabemos nada de su misión? —inquirió.

—Según hemos sabido por los interrogatorios a los que hemos sometido a las tripulaciones de los dos submarinos anteriores y a sus capitanes Wermouth del U-530 y Schaeffer del U-977, todos salieron de Alemania excepto el U-2193 que lo hizo desde Noruega, pocos días antes de la rendición incondicional. Todos llevaban tripulaciones jóvenes, más jóvenes de lo normal. Y lo más extraño es que todos ellos y también el U-2193 habían recaído en la Antártida. No hemos logrado saber por qué y qué buscaban o hacían allí.

—Los alemanes siempre han demostrado tener interés por la Antártida —intervino Patrick—. Han habido diversas expediciones desde finales del siglo pasado.

—También nosotros, Patrick —aclaró Clark—. La Antártida también es un asunto del cual sé que eres aficionado y que tendrá que ver con lo que se está hablando actualmente en los círculos más altos de Washington y tu implicación en todo ello.

A sus 29 años, los conocimientos de Patrick acerca del continente antártico eran bastante mayores que los de un simple aficionado. Al margen de su carrera militar, Patrick había sido un entusiasta seguidor de las expediciones del Richard Evelyn Byrd en 1929, 1934 y 1939, que actualmente ostentaba el grado de almirante, y conocía bastante bien todo lo descubierto hasta ese momento del continente helado. También conocía los resultados de las expediciones inglesas, alemanas y las agrias disputas entre Chile y Argentina.

—Te diré otra cosa que también es información clasificada —continuó Clark—. Desde que acabó la guerra a principios de mayo de este año han desaparecido 124 U-Boots alemanes que nadie sabe donde están. Además son, en su mayoría, del modelo más moderno, el XXI como el U-2193. Esos submarinos XXI que te he comentado antes, son una gran parte de esas naves desaparecidas.

—¡Eso es toda una flota! —exclamó Patrick—. No pueden esconder todos esos submarinos. ¿Estás seguro de esa información? Eso puede ser muy peligroso para nosotros.

—Esta información es totalmente cierta, Patrick, y, como tú dices, peligrosa para nosotros —el vice-almirante Clark se puso de pie y se dirigió a la ventana—. Inteligencia Naval ha trabajado en este asunto y ha calculado que quizás un 10% de esa cifra puedan haberse hundido tras chocar con una mina a la deriva o por un problema técnico. Es decir, una desaparición solitaria y sin registro. Pero el resto, más de 100, deben de estar en algún sitio. Un lugar inmenso, lejos de cualquier observación...

—¿La Antártida? —sugirió Patrick, que suponía la respuesta.

Clark sonrió levemente:

—Eso creemos.

—Es decir, sí. ¿Y cual es el siguiente paso, Vincent? —preguntó sin tapujos Patrick.

—No puedo decírtelo con seguridad ya que hay varias ideas sobre la mesa —Clark regresó a su butaca y se acomodó mientras parecía buscar una explicación coherente y satisfactoria para Patrick, sin romper el secreto que rodeaba a esa información—. Lo que sí te puedo decir es que el mes que viene el Secretario de la Marina James Forrestal, ha convocado a una reunión en Washington a los almirantes Nimitz, Byrd y el capitán Creuze. Algo gordo se está cocinando y después de esa reunión quedará aclarado que es lo que se va a hacer y el objetivo. No te puedo decir nada más en este momento. Yo soy del equipo consultivo de Byrd, como ya sabes, y estaré involucrado desde el primer momento.

—Bueno, esperaré aunque antes me has dicho que yo también tengo implicación en todo esto.

—De momento trae ese maldito submarino a Norfolk —Clark parecía querer acabar la reunión y que Patrick se pusiera en marcha—. Esa es tu misión. Y no sólo por la absoluta confianza que tengo en ti, sino porque eres uno de nuestros mejores oficiales de submarinos. Seguiremos en contacto y te informaré de los nuevos pasos que deberás seguir.

—¿Y mi submarino, Vincent?

—No te preocupes ahora por el “Monitor”. Yo ya me he adelantado y seguirá las maniobras sin ti. Está en buenas manos. No te preocupes.

Clark lo tenía claro y había dado ya los pasos para liberar a Patrick de su trabajo y que pudiese dedicarse a la nueva misión.

—Seleccionaré a varios de mis hombres y quizás necesitaré a algún alemán que conozca bien el modelo XXI. ¿Es posible? —sugirió Patrick, mientras se ponía en pie.

—No hay problema pues parecen colaborar bien por ahora en su reclusión argentina. De todas maneras, no te fíes. Los alemanes que puedas necesitar deberán estar controlados en todo momento a bordo del submarino para que no tengan “ideas extrañas” —Clark recalcó esta última frase y Patrick comprendió que debía evitar posibles sabotajes mientras se dirigiesen a Norfolk.

—Muy bien, Vincent —los dos hombres fueron hasta la puerta del despacho—, tengo dos tripulantes en mi submarino de origen alemán y que hablan perfectamente el idioma. Uno es mi segundo Kenneth Miele. Serán mis contactos con los marineros alemanes que escojamos.

En aquel momento entró Betty, la secretaria de Clark.

—Perdonen que les interrumpa, pero he creído importante avisarle, señor —dijo dirigiéndose a Clark—. Tengo al almirante Byrd al teléfono que desea hablar con usted.

—No se preocupe, Betty, ha hecho muy bien. El capitán Malone ya se marchaba. Por favor, acompáñele —Clark se dirigió a Patrick—. Seguro que es sobre todo este asunto. Creo que empieza el baile. Puede pasarme al almirante, Betty. Adiós, capitán Malone y buena suerte. Manténgame informado.

—Sí, señor —respondió Patrick, llevándose dos dedos a su gorra de oficial de la Marina y saliendo del despacho. Estaba impresionado por el alto nivel de los contactos de Clark.

Una vez fuera, Betty le indicó el camino.

—No hace falta que se moleste, Betty, conozco muy bien la salida —le sonrió Patrick—. Durante la guerra estuve aquí casi un año. Gracias.

—No hay de qué, capitán —Betty regresó a su mesa junto a la puerta del despacho de Clark y tras dirigir una sonrisa a Patrick, pasó la llamada del almirante Byrd.

A él le gustó la sonrisa de Betty, pero pronto su mente empezó a recordar detalles sobre la Antártida que él había estudiado de forma autodidacta. Desde luego, lo que sabía del lejano continente era increíble. El continente antártico en el Polo Sur terrestre, tiene una forma casi circular de 4.500 kilómetros de diámetro, siendo

el tercer continente más grande del planeta con cerca de 14 millones de Km². Es cuatro veces más grande que los Estados Unidos. Su nombre, Antártida es de origen griego “antarktikos” y quiere decir “opuesto al Ártico”. Es el continente más elevado del mundo, con una altura promedio de 2.000 metros sobre el nivel del mar. El monte Érebus, de 3.794 metros, es un volcán activo situado en la costa oriental de la isla de Ross. El Macizo Vinson, con 4.897 metros, es la mayor altura de todo el continente.

Más del 85% del área terrestre ocupada por el hielo permanente se halla en la Antártida. El espesor medio es de 2,4 kilómetros, aunque se han detectado lugares donde el espesor alcanza casi a los 5 kilómetros, en la Terre Adélie (69° 54' Sur, 135° 12' Este). El volumen de agua que representa el hielo permanente de la Antártida es tal, que su descongelación completa elevaría el nivel del mar alrededor de los 75 metros en todo el planeta.

Es también el continente con el promedio de humedad más bajo de la Tierra, así como el de temperatura promedio más baja. En julio de 1993 se alcanzó en la estación Neozelandesa de Vanda 89,5° centígrados bajo cero, la cifra registrada más baja. Este fenómeno se debe a dos razones: su gran altura media y la poca radiación solar que recibe. También la Antártida ha registrado los vientos más intensos: 327 kilómetros por hora en julio de 1972, información obtenida por la estación francesa Dumont d'Urville.

Aunque el descubrimiento del continente antártico fue hecho por el español Gabriel de Castilla en el siglo XVII, las expediciones a la Antártida empezaron oficialmente a inicios del siglo XIX. Es sorprendente que ya en el siglo V a.C., Herodoto hablaba de una posible “tierra incógnita”, es decir “tierra no conocida” en los confines del hemisferio austral. Incluso algunos geógrafos griegos llegaron a calcular una masa terrestre al sur del Océano Indico. Se desconoce como lo calcularon o en qué se basaron, pero ya tenían nociones avanzadas de que había territorio en aquellas latitudes.

Una explicación a tan increíbles conocimientos podrían ser los mapas de Piri Reis, almirante de la flota en el Mar Rojo y Golfo Pérsico y cartógrafo turco, que en 1513 realizó los mapas que llevan su nombre y que en 1517 se los regaló al Sultán Selim I, conquistador de Egipto. Se sabe que Piri Reis utilizó mapas más antiguos, concretamente 20 viejos planos y 8 mapamundis confeccionados en

la época de Alejandro Magno y que en ellos aparecía la totalidad del mundo habitado entonces. Al margen de otros continentes que aparecían con gran precisión, los mapas muestran la Antártida ¡sin hielos! Es decir, una imagen de hacía casi 10.000 años y que tras el estudio de cartógrafos del Instituto Hidrográfico de la US Navy, determinaron la alta precisión de esa información y lo más sorpren-



Mapa de la Antártida con los puntos geográficos actuales

dente es que la visión de la Antártida que ofrecían estas antiguas cartas, sólo podía haber sido realizadas desde el aire y a mucha altura... Es un asunto sorprendente y no explicado hasta hoy.

Al iniciarse el siglo XIX y concretamente en 1820, se declaró oficialmente el descubrimiento formal u oficial del continente antártico. Los descubridores fueron los miembros de la expedición rusa al mando de Fabian Gottlieb von Bellingshausen. Ese mismo año, el geógrafo británico Edward Bransfield y el cazador de ballenas Nathaniel Palmer, confirmaron el descubrimiento de la expedición rusa.

Sin embargo, ya por el año 1815 el almirante Brown, con una flotilla compuesta por la fragata “Hércules” y el bergantín

“Trinidad”, surcaron las aguas australes llegando hasta los 65° de latitud Sur, en el actual Mar de Bellingshausen. El objetivo de esa misión era militar y concretamente para oponerse a los barcos españoles que merodeaban la zona por el lado del Océano Pacífico.

En esa época, los cazadores de focas de origen argentino se aventuraban en busca de pieles y aceite, que luego comercializaban en los mercados de Oriente. A pesar del secreto que rodea a cualquier banco de pesca o zona rica en materias primas, se sabe que la nave “San Juan Nepomuceno” entre los años 1817 y 1820 y el barco caza-focas “Espíritu Santo” habían llegado hasta las islas llamadas Shetland del Sur, que fueron descubiertas oficialmente en 1818 el marino inglés Palmer, tras seguir el rastro de esos barcos.

En 1848 el Teniente Coronel de la Marina Argentina Luis Piedrabuena, como primer oficial del barco “E. Davison”, alcanzó más allá del los 68° de latitud Sur y en 1852, cerca de la Bahía Margarita su barco estuvo atrapado en el hielo durante treinta días quedando totalmente aislado. En 1867, al mando de los barcos caza-focas “Espora” y “Julia” se logran alcanzar los 67°20' Sur y 68°40'.

La aparición oficial del nuevo continente y su posesión por parte argentina también generó normativas para regular las riquezas naturales a partir de las Islas Malvinas hacia el sur, básicamente la pesca. Por ello, ya el 22 de octubre de 1821 se creó la ley “Disposiciones Inherentes a la Caza de Anfibios”. Y, según Decreto del 10 de junio de 1829, se creó la Comandancia Político Militar de las Islas Malvinas.

En 1891, se ayudó al Teniente belga Adrien de Guerlache, cuyo barco "Bélgica" se reparó y aprovisionó de carbón en Ushuaia. También en 1891, se ayudó al Doctor Otto Nordenskjöld de Suecia, en su investigación en la zona.

A principios del siglo XX se creó la primera instalación antártica permanente: El explorador científico escocés Doctor Williams Bruce, en diciembre de 1903, tuvo que reparar su nave y abastecerse para continuar. El Dr. Bruce ofreció en venta las instalaciones e instrumental utilizado, con la condición de que la operación fuera reservada y apareciera públicamente la cesión como una donación en agradecimiento de la ayuda recibida, con el compromiso argentino, además de continuar las observaciones. El gobierno argentino

aceptó la propuesta por Decreto Letra "D" N° 27 del 2 de enero de 1904, refrendado por el Presidente Roca, que autorizó la instalación del Observatorio y se designó al personal.

Pocos días después, el 20 de enero de 1904 se aprobó la creación de una "estafeta postal" y se envió al ciudadano argentino de 19 años de edad Hugo Acuña, a quien el 21 de enero de ese año se le concedió el nombramiento de "habitante" para la instalación de la primera oficina postal en la Antártida. El 22 de febrero de 1904 llegó el bergantín "Scotia" a las islas Orcadas del Sur, se arrió la bandera de Escocia y se enarboló la bandera de la República Argentina.

En 1901/1903 se integró en la expedición del Doctor Nordenskjöld, el Alférez de Navío argentino José María Sobral, como meteorólogo, magnetólogo y geodesta. Fueron rescatados por la corbeta Uruguay, al mando del Teniente de Navío Julián Irizar, el 10 de noviembre de 1903, al ser destrozado por los hielos el navío "Antartic", comandado por el capitán noruego Larsen.

En 1903 el buque del francés Doctor Juan Bautista Charcot es reparado de importantes averías y reabastecido de víveres y carbón.

En 1911, se ayudó al alemán Doctor Wilhelm Filtchner. Se les alojó y mantuvo en el zoológico de Buenos Aires, 8 caballos ponies siberianos y 75 perros groenlandeses. Además se le proveyó de víveres y carbón y se estableció con el Ministerio de Marina argentino, un enlace por radio y envió de partes meteorológicos periódicos.

En 1914, el inglés Ernest Shackleton, obtuvo del gobierno argentino la seguridad de que la estación de radio más austral del mundo situada en la Isla de los Estados transmitiera especialmente para ese barco señales horarias de precisión. Se sucedieron una serie de disposiciones legales, se instalaron refugios en islas y se crearon los destacamentos militares antárticos.

Ahora Patrick tenía la oportunidad de conocer esos detalles y muchos más de forma directa, aunque no estaba del todo tranquilo. Cuando el vice-almirante Clark le embarcaba en algún asunto con tratamiento secreto, podía esperar de todo menos tranquilidad.